

ORAR PARA SER ILUMINADOS E ILUMINAR

SALUDO E INICIO

Queridos amigos y hermanos, de la parroquia de San Pedro: Dejarme expresar mi gozo por la oportunidad que se me ha dado de estar entre vosotros y conocernos un poco más, y hacerlo desde vuestro lugar de celebración de la fe y la fiesta del amor. No soy una mujer de elocuencias ni amplia cultura; mi aportación es pobre y llana, la vengo a compartir con sencillez y amistad fraterna, porque amables, amigables y fraternos sois vosotros.

Para mí carmelita, hablar de oración, es como decirme a mí misma, es como hallarme en mi terreno, en mi hacer cotidiano, lo que me es familiar; hacedoras de oración por decirlo jocosamente.

Digámoslo claro, es totalmente falso el concepto que se tiene a veces por ahí, de pensar que la oración es asunto de monjas y monjes. Es verdad que nosotras lo vivimos como un hecho central que nos define también: Ser y hacer Iglesia desde nuestros puestos de orantes en el Carmelo.

Y con todo, quede esto bien claro, la oración es una cuestión vital y fundamental en la vida de todo seguidor de Cristo. Quien opta por Él, tiene que impregnar su vida de su persona, su Palabra, su Evangelio, haciéndolo carne de su carne. Para el seguidor de Jesús, orar es una cuestión de fidelidad y una responsabilidad. Hacer que toda la vida pase por este hecho iluminador y transformador.

LA ORACIÓN UNA CUESTIÓN DE SEGUIMIENTO

Es fuerte pero real, afirmar que no hay seguimiento sin oración. La oración es algo central y fundante en el seguimiento de Cristo. Sin oración podrá haber realización de normas, preceptos, incluso sacramentos, pero no seguimiento; porque el seguimiento es una cuestión de relación personal, de encuentro en un tú a tú vinculante, de comunicación interior hasta el enamoramiento, hasta la unión de personas, hasta establecer a Cristo en nuestro más profundo centro, quien nos ocupa es Él. La oración nos impregna de su vida, su Palabra y de su persona, en definitiva, nos va conformando e igualando a Él. Seguimiento-oración-relación, van intrínsecamente unidos, no se pueden desvincular. Forman un todo fundante. Implica una manera de ser y vivir

Jesús, el Humanado entre los humanos, se ha hecho presencia concreta que vive y se relaciona con nosotros de forma natural, amable y amigable. Él, el viviente, nos vive desde dentro, conviviéndonos, convive con mi yo, con nuestro yo personal, con el yo de toda la humanidad. Nada nos es tan benévolo y amable, como sentir que quien nos convoca lo hace desde la invitación libre y la misericordia, y no desde el juicio amenazador. Dios quiere que establezcamos con Él una relación de confianza y amor. Todo va en amor, en proyecto de amor. Quien nos convoca es el Dios amor, amable con nosotros y enriquecedor de nuestra humanidad.

DEFINICIÓN TERESIANA DE LA ORACIÓN

Santa Teresa de Jesús, define la oración como una realidad relacional entre dos personas que se aman y se reclaman, es una relación preferentemente afectiva; dice así: ***“que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”*** (V. 8,5); añade también: ***“puedo tratar como con amigo”*** (V. 37,5). Teresa va presentando la oración como algo natural en la vida de aquel que tiene a Jesús por muy buen amigo, ***“como le quisierais le hallareis”***. Es decir, se hace a nuestra necesidad. Se pone a tiro, se hace encontradizo, se nos pone fácil para que le hallemos. Teresa insiste: ***“La oración es adonde el Señor ilumina para entender las verdades”*** (F. 10,13). En términos teresianos, la oración es ejercicio de amor, posible en todo lugar y en todo momento. Es la aventura de una búsqueda, hasta descubrir que, más que buscadores, somos buscados por Dios, que nos quiere llevar a una transformación en su amor.

Orar no es enfrentarse con un vacío, sino que es adherirse a Jesús y crear diálogo con Él, no estamos vacíos por dentro, sino habitados por Dios, por el Todo-Alguien, no hay ausencia en nosotros, sino presencia, la amable presencia de quien nos ha creado libres y lo ha hecho por puro amor.

LA CONFIANZA COMO CIMIENTO

De buenos comienzos es poner el cimiento de la oración en la confianza, en la fe que confía, y a ello corresponde la evangélica actitud de la humildad, nos dice Teresa: ***“Todo este cimiento de la oración va fundado en humildad”*** (V. 22,11); ***“El Señor es muy amigo de la humildad”***, sabedores de que todo nos es dado, de que Dios está empeñado en regalarnos aquello que nos hace auténticamente hombres y mujeres libres y liberados, para nuestra felicidad, y portadores de bien para los demás. Iluminadores del camino que lleva al amor. La oración cristiana no se va

por los aires, no es algo etéreo, se hace en la tierra, tocando suelo, en lo concreto, en lo inteligible, en lo llano y sencillo. No es volar, sino aterrizar, no son técnicas ni métodos, es confianza y seguridad en Dios Padre. Es lectura atenta del Evangelio y ejercicio de meditación para ir entendiendo verdades, entender quién es Dios y quienes somos nosotros, entender que somos unos necesitados de Él, y de los hermanos; convivir con los demás nos hace mejores personas, yo soy más yo cuando hallo un tú a mi lado, con el que convivo, que me ama y me acompaña.

LA ORACIÓN ILUMINADORA DE VERDADES

¿Por qué la necesidad de la oración, por qué regalar a Dios espacios de nuestra persona y tiempo? Porque ella es iluminadora de nuestras verdades más recónditas, las positivas: el vernos con la hermosura de ser hijos y no esclavos; vernos también con la belleza de sabernos hechos a imagen y semejanza de Dios. Hemos sido pensados por Dios como alguien que se le asemeja, es la grandeza de ser humanos. Y las más oscuras e inconfesables que pueden hacer de nosotros unos violentos agresores de los hermanos, violentando la vida, la existencia, destruyendo la paz y la justicia. La oración ilumina nuestra verdad, nos la pone de frente. Al querer encontrarnos con Dios por medio de la oración, inevitablemente nos encontramos con nosotros mismos; somos nuestra propia piedra de tropiezo. Este encuentro, pasa por el encuentro personal con nuestra propia historia, hecha de aciertos y conflictos, de afectos y rupturas, de bondad y agresividad. Nos hallamos ante el pavor de tener que asumir que la reconciliación y la armonía en nosotros está por hacer, la paz por establecer, el perdón por realizar. Es ir asumiendo la purificación interior, como camino que nos lleva a la reconciliación e iluminación del ser redimido por Jesús. La oración ilumina el camino de la verdad en la libertad.

En la oración no hemos de ir buscando y esperando sensiblerías gustosas, levantamientos del espíritu, sensaciones placenteras, todo esto son ¡boberías infantiles! Teresa dirá sobre ello: ***“Sí, que no está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos ni ternuras, sino en servir con justicia y con fortaleza de ánimo y humildad”***. Dios nos puede regalar con estos gustos, claro que sí, a veces lo hace si nos ve con la necesidad. Sin embargo, la persona de fe no se detiene en ello, ni le da importancia, porque la fe se funda en la confianza, es un: ***“sé de quién me he fiado”***. Pero lo determinante es ir a la oración desnudos de falsedad, abiertos a vernos sin miedo, para que ella vaya iluminando los oscuros recovecos, y verlos con una mirada serena, benévola, limpia, penetrante, y auténtica; que nos ayudará a situarnos ante la vida y sus conflictos, con actitudes nuevas,

transformadas y transformadoras, más evangélicas y bondadosas. Así, poco a poco, con sencillez, y a lo pobre, irá naciendo la iluminación interior, que no es sino, un muy humilde andar en verdad, en justicia, paz y libertad, en amor hacia nosotros mismos y los demás. La oración obra en nosotros gracia transformadora, nos va fortaleciendo en la fe, nos abre a una mayor caridad en acogida amorosa hacia la creación y los hermanos, nos hace sencillos y humildes.

La oración nos proporciona profundidad para saber ver el paso salvador de Dios en la historia, en el vivir de cada día, en los pequeños gestos de manos tendidas y abrazos acogedores en el amor y el servicio generoso. La oración nos da ojos penetrantes, para saber ver el milagro del cotidiano existir conducido por Dios, y que obra imperceptible por medio de nuestras acciones y aportaciones evangélicas. La oración nos pone en manos de Dios para, en todo, contar siempre con Él, Señor de la vida y de la historia, Señor de nuestras particulares y pequeñas historias.

ORAR ES AMAR

La oración-relación con Jesús, nos configura, nos va haciendo mejores personas y nos capacita para la relación liberadora con los demás. En la vida cristiana, en el seguimiento de Cristo, todo se concreta en un hecho radicalmente claro: el amor. Amar y decirlo con la vida, una vida que ora la Palabra, que ora *“los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren”* (**Gaudium et spes**); es responsabilidad del creyente orar las relaciones, orar las acciones, orar la paz, orar la reconciliación, hasta quedar transfigurados, iluminados e iluminadores de aquel camino por el que Jesús *“pasó haciendo el bien”*. Es lo que nos toca, es nuestro reto y tarea. Tengámoslo claro: ¡orar es amar! Ser amadores.

Orar es vivir en coherencia como creyentes, porque la oración, siendo iluminadora, nos va situando en el mismo camino que siguió Jesús, tomando sus mismos sentimientos, obrando con bondad de corazón, asumiendo el sufrimiento humano, curando, liberando, compartiendo, comprendiendo y no condenando, no es cristiano condenar. Ser orantes es ponernos ante Dios con oído atento a lo que Él quiere de cada uno de nosotros, qué quiere de este mundo, de esta humanidad, de nuestras relaciones en la convivencia, que juntos seamos creadores de bienestar y felicidad para todos. Vivir la vida en el amor, amor al prójimo, como medida y signo del amor a Dios. Santa Teresa, quiso hacer de nuestros conventos pequeños colegios de Cristo, lugares de oración donde: *“todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de ayudar”* (C.

4,7). El amor es la base y fundamento de todo, es la razón de ser orantes, somos convocados por el amor, para ser realizadores de amor. Y ser ¡al fin! realizados por el amor, iluminados e iluminadores.

Orar es trabajar con el Evangelio en las manos, para ir cambiando las injusticias que subyugan a tantas víctimas y retornarles la dignidad de hijos de Dios, devolviéndoles su humanidad, el gozo de hijos y no esclavos. Dios quiere el bienestar de la humanidad, y la oración nos cristianiza el corazón, para ser y hacer que todo sea más digno y humano, más alegremente vivible, más al agrado y voluntad de Dios; todo tiene que redundar en bien para la felicidad de las personas, Dios nos quiere felices y portadores de felicidad. La oración, en definitiva nos va configurando con Jesús, nos hace hombres y mujeres llenos de bondad, responsables ante las situaciones de la vida, en nuestro momento histórico. Orar para renovar y purificar el aire sacando la violencia de nuestro mundo, para que sea posible una convivencia en la paz, el canto y el baile de la alegría en la paz. Vivir siempre abiertos a la confianza, seguros de que Dios va llevando y transformando este mundo y a nosotros en la perfección del amor.

ORACIÓN Y RESISTENCIA

¿Por qué resistirnos a ser auténticos orantes?, somos huidizos a la hora de asumir los tiempos de aridez y de purificación. Reconozcamos que no nos gusta ser tocados por nadie ¡ni por Dios!, así es nuestra arrogancia. Sin embargo, las purificaciones son tiempos de auténtico crecimiento, de madurez humana, de curación y liberación interior. Las noches oscuras son inevitables, todos pasamos por ellas sin poderlas eludir. Y es por la oración como vamos soportando la prueba, permaneciendo en la noche sin desfallecer, hasta experimentar y tener experiencia de rescate y sanación, conociendo así el paso redentor de Jesús en nuestra propia carne. Toda situación humana, por adversa que sea, Dios quiere que la asuma, que aprenda a soportarla sin desesperar, porque en ella Dios obra gracia salvadora.

El gemido doloroso de la humanidad lo causan nuestras infidelidades al proyecto amoroso de Dios. ¿Cuánto dolor, cuánto sufrimiento, he causado yo, a mi hermano? Sigue resonando la voz de Dios: “*¿Caín, dónde está tu hermano?*”. ¿Qué hacemos con nuestros hermanos? Es estremecedor ver, sin sabernos controlar, como nos vienen las tentaciones, hundiéndonos en la miseria, ¡y volvemos, al Paraíso del Edén para ser tentados!, y muchas veces ¡demasiadas veces!, tornamos a sucumbir ante las acechanzas de la Serpiente, siempre ávida para clavarnos el aguijón. “*Velad y orad*” es el consejo sanador de Jesús, para no caer en la tentación.

Mirar mi desastre personal sin miedo, asomarme a él con la seguridad de una benevolencia del corazón, y volcarlo ante Dios con verdad y humildad, con confianza. Y orar el perdón con amor, por tantas veces como salpicamos y herimos a los demás con nuestro proceder. No podemos permitirnos la insensibilidad ante el daño causado. Hagamos que orar sea vivir siempre abiertos al perdón, que orar sea amar y decirlo con la vida, con los gestos y la entrega amorosa sin límites. Aflojar toda resistencia que quiere sacarnos de la perseverancia orante, potenciando y fortaleciendo la amistad con Dios.

Quien de veras se determina a ser orante, a orar la vida, orar la fe, orar el proceder, tiene que tener claro que comienza un camino sin retorno; no se es orante por una temporada, orar requiere tiempo y vida, se es orante en la vida y para toda la vida, es una manera de ser en la vida y de vivir la vida, porque la vida se vive en relación, y a más orantes más relacionales, con Dios y con los hermanos. Quien ora, experimentará tiempos de sequedad, vacíos, sensaciones de retroceso, hastíos, e incluso deseos de dejarlo todo. Más, si perseveramos en la oración, iremos advirtiendo que el amor y la amistad crean vínculos indisolubles, y que la oración es una cuestión de amor, es crear lazos, hacerse dependientes de Cristo, es, en términos teresianos un: *“darse del todo a Dios”*, y darse en definitiva a los hermanos.

ORAR ES VIVIR RESPONSABILIZADOS

Orar el mundo. Preocupación por nuestra humanidad ante la indiferencia de Dios. Gran parte de la humanidad se ha ido dejando polarizar por los falsos dioses del poder, fascinados por las libertades permisivas de un “todo vale, todo está bien, todo lo puedo”. Poder y sexualidad han ido subyugando la voluntad de la humanidad y se ha convertido en referente general. El poder del deseo y la apetencia, ha ido tomando fuerza por encima de la bondad, la verdad y la belleza de la limpieza en las intenciones. Orar para iluminar y devolver al mundo el aire purificador de la bondad de Dios. Iluminar desde la oración una esperanza hacia lo bueno, lo bello, lo constructivo y evolutivo. Iluminar una transfiguración: *“El que es de Cristo es una criatura nueva”* (2Cor 5,17). Hans Küng, en su último libro, titulado *“Lo que yo creo”*, dice muy atinadamente: *“No es saber informativo lo que escasea, sino saber orientativo”*. La oración es en sí misma iluminadora y orientadora, capacitadora para abrir y alumbrar nuevos caminos, vislumbrar nuevos horizontes.

Y orar, finalmente, la Iglesia. Ella es la portadora de Cristo y su Buena Nueva que ilumina a las gentes. Ella es la anunciadora de que Dios es la posibilidad rehabilitadora, la luz guiadora, el puerto seguro de salvación. Iluminar desde la Iglesia un servicio, humilde y generoso, una acogida compasiva y amorosa, a todo lo que carga, agobia y hace sufrir a las personas humanas. Y no un poder totalizador, que controla, domina, abusa, dicta, subyuga, condena y castiga. Iluminar, como hombres y mujeres de Iglesia que somos, la Vida de Dios en la vida de nuestra humanidad. Alumbrar una esperanza de que es posible una Humanidad Nueva, donde hombres y mujeres de todas las razas, lenguas y naciones, todas las culturas y todas las religiones, juntas las manos, construyamos ¡por fin!, un mundo en la paz y la amabilidad, en la buena y bella convivencia, sin distinciones de clases. Comprendiendo, asumiendo y respetando lo diferente.

JESÚS MODELO DE ORACIÓN

Jesús nos es modelo y maestro de oración. ¿Por qué?, porque Él fue un hombre orante, que vivió siempre referido al Padre, y a Él nos refiere a nosotros. Toda la vida de Jesús está traspasada por su relación con el Padre. En el Evangelio, hallamos muchos momentos en que Jesús se retira a orar, se retiraba solo al monte y pasaba la noche orando. En la oración, Jesús se siente bajo la mirada amorosa del Padre y a Él se confía. Jesús ora también, y principalmente en los momentos cruciales de su vida: cuando empieza la misión, le vemos retirado en el desierto; y cuando la acaba, le contemplamos orando en Getsemaní. Son dos momentos vertebradores de Jesús orante, y siempre referido al Padre.

En el desierto, Jesús es tentado por el Diablo; éste, le toma en su totalidad de hombre, es decir, en aquellas realidades más profundas que el ser humano lleva en sí, codiciando en su interior desde la creación, desde el Edén: ser como dioses, anhelando el poder, las apetencias, las riquezas, el poseer. Si el primer hombre-mujer, sucumbe ante la tentación de la Serpiente; Jesús vence ante Satanás, como el Hombre Nuevo que tenía que venir a levantarnos, en Él, a todos los caídos bajo la violencia que rompe la fraternidad, el plan amoroso de Dios para la humanidad.

En Getsemaní, le contemplamos orando con toda la repugnancia e impotencia de lo que se avecinaba, ora como hombre abatido, hasta sentirse abandonado por el Padre ¡ningún sentimiento más dramático! Él, que vivió siempre referido al Padre, y a la hora de la verdad, siente el silencio, la mudez, la ausencia y el abandono absoluto del Padre ¡terrible misterio de la fe! Lleno de noche oscura, en la más completa soledad, turbación y oscuridad, Jesús se rinde, asumiendo una muerte ignominiosa ¡no la muerte

que Dios quiere para Él!, sino la muerte que le proporcionan los jerarcas de la religión y la Ley, y los grandes del poder político: el Sanedrín y el Imperio romano. Jesús cae bajo la Ley y es condenado por los ortodoxos de la Ley como un blasfemo.

En la oración, Jesús nos refiere al Padre, fundamentalmente cuando enseña a la gente a orar con la oración del Padrenuestro; era la oración de su corazón, la expresión de su confianza en el Padre. Jesús, nos sitúa ante Dios como niños que saben que todos los bienes les vienen de sus padres. En el Abba=Padre, podemos añadir Madre, porque Dios no debe ser pensado como varón, sino como Ser (**Soy el que Soy, Yo Soy el Existente**), el que es en su totalidad: Padre-Madre, que tiene como única voluntad el bien de sus hijos en el amor. Padre-Madre que nos quiere felices, que sintamos la alegría del buen y bien vivir, que celebremos la fiesta de la vida, gozando de libertad, y donde el amor sea la realidad más viva y vivida por la humanidad, como fuerza que nos humaniza y asemeja a Dios, como belleza que salva al mundo. El mensaje central de Jesús es que: Todo el querer de Dios es que nos amemos unos a otros como Él nos amó. Y este amor de unos con otros dice la calidad de nuestra oración. Obrar en nosotros lo central del Padrenuestro que es: *“Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”*.

CONCLUSIÓN FINAL

Y concluyo afirmando que, la humildad es la actitud básica y fundante para ser orante; lo que prima es la fe y la confianza, ¡fiarse de Dios! al fin, y esperar todo de Él. Sabiendo ver, con mente clara, los medios de que se vale, que siempre son de humana sencillez, en lo pequeño e insignificante, casi imperceptible.

-El orante vive de la Eucaristía, él es y se hace eucaristía en comunión con todo y con todos. Él mismo es eucaristía, porque con Cristo, se hace pan partido y repartido, ofreciéndose para ser comido; es la vida en permanente actitud de generoso servicio.

-El orante no es un condicionado, sino un liberado, un hacedor de eucaristía; come el pan de la Palabra y la comunión de la fraternidad. Es un celebrador y transmisor de la Buena Nueva que se sienta a la mesa y celebra la fiesta con todos. No nos pertenecemos, somos para los demás.

-El orante celebra la vida, vive y es comunión con los hermanos y con la creación. El orante se sabe vivido por Cristo, redimido por él, y desde esta realidad todo lo hace nuevo porque él es novedad de vida, criatura nueva.

Él es un dependiente de Cristo, sin Él no tiene razón de ser. Con Él lo es todo, con Él vive el disfrute de la salvación y sabe, porque lo experimenta, que el jardín de la Redención es más rico, bello, pleno y fructífero que el paraíso de la Creación.

-La oración, poco a poco e imperceptiblemente, coloca y recoloca el ser hasta convertirlo en puro evangelio, puro don para los demás.

Puerto Saguntinos, gente de mar, que vivís junto al mar, yo también soy una mujer de mar, y de mar adentro, de una pequeña isla que tiene siete faros, como siete centinelas vigilantes en las noches oscuras del mar.

Los faros son estables, firmes, permanecen siempre. Alumbrando en la oscuridad, son aviso que señala puerto de salvación para las naves que surcan los mares en las oscuras noches de los tiempos. El faro no es la salvación, el faro señala, humilde, que cerca hay refugio seguro, puerto de salvación. El faro se parece al Bautista que señala con el dedo y pregona seguro: *“ved ahí al cordero...”*. Ser orante es permanecer, como los faros, en estos lugares estratégicos, solitarios, expuestos a todos los vientos y a todas las tormentas del mar, para ser, en la noche oscura de la humanidad, una pequeña luz que señala puerto de salvación: **Jesús**.

Danos Señor firmeza para permanecer cimentados en la roca, orando vigilantes en la noche de los tiempos, para que el faro de nuestra fe alumbre, señale, avise a los hombres y mujeres de buena voluntad que te buscan a ti Señor. Ser un humilde y sencillo faro, nos baste.

Puerto Sagunto, 27-3-2011
Anna Seguí ocd